



Secuencia. Revista de historia y ciencias
sociales

ISSN: 0186-0348

secuencia@mora.edu.mx

Instituto de Investigaciones Dr. José María
Luis Mora
México

Valverde López, Adrián

Los otomíes de "La Casona" en la colonia Roma

Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales, núm. 75, septiembre-diciembre, 2009, pp. 117-142

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=319127433006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Adrián Valverde López

Licenciado en Arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestro y doctor en Historia y Etnohistoria por la ENAH. Miembro de El Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C. y coordinador de Historia de la Escuela Normal Superior de México.

Resumen

Este estudio es resultado de un primer análisis de las condiciones sociales y económicas de los otomíes de "La Casona" de la colonia Roma; quedan aún pendientes de contestar muchas interrogantes acerca de su organización interna, sus actividades económicas, los problemas que enfrentan cotidianamente, los vínculos fami-

liares con su comunidad de origen, la lucha cotidiana por la preservación de sus costumbres, tradiciones y celebraciones religiosas en el medio urbano, que en conjunto son aspectos esenciales para entender el proceso de reproducción y cohesión cultural que experimentan en la ciudad de México.

Palabras clave:

"La Casona", precursores, organización familiar, actividades económicas, mujeres, enfermedades, "el costumbre".

Fecha de recepción: Fecha de aceptación:
agosto de 2008 enero de 2009

The Otomí in “La Casona” in Colonia Roma

Adrián Valverde López

BA in Archaeology from the Escuela Nacional de Antropología e Historia, MA and Ph. D. in History and Ethnohistory at ENAH. Member of the Mexican College of Anthropologists and History and Coordinator at the Escuela Normal Superior de México.

Abstract

This study is the result of an initial analysis of the social and economic conditions of the Otomí at “La Casona” in colonia Roma. Several questions have obviously yet to be answered on their internal organization, their economic activities, the problems they face on an everyday basis, their family links with their community

of origin and the everyday struggle to preserve their customs, traditions and religious celebrations in the urban environment. Taken as a whole these are essential aspects for understanding the process of reproduction and social cohesion they experience in Mexico City.

Key words:

“La Casona”, forerunners, family organization, economic activities, women, illness, “el costumbre”.

Final submission: Acceptance:
August 2008 January 2009

Los otomíes de “La Casona” en la colonia Roma

Adrián Valverde López

El estrépito y la abundancia de acontecimientos en la ciudad de México hacen que cualquier suceso que hoy parece insólito, mañana se diluya en el devenir de la vida cotidiana de esta gran urbe. Quién recuerda, por ejemplo, los sucesos del día 15 de febrero de 2008 de avenida Chapultepec en la colonia Roma.

En aquellos días los noticiarios consignaban con una gran dosis de nota roja el estallido de un petardo a unos 60 metros del edificio de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSPDF) y a unos 30 de la estación del metro Insurgentes. En el recuento de los daños, *La Jornada* del día siguiente narraba: “la explosión ocurrió a las 14:32 en la acera sur de avenida Chapultepec, entre la calle de Monterrey y la glorieta de Insurgentes; cobró la vida de una persona y dejó dos heridos, uno de ellos grave”.¹

Continúa diciendo:

La detonación afectó tres automóviles, provocó que una veintena de cristales, que se encontraban a más de 40 metros de distancia, se rompiieran y que una valla publicitaria se doblara parcialmente. El muro donde fue detonado el artefacto no se colapsó y los

vehículos que se encontraban estacionados enfrente del número 346 de avenida Chapultepec... fueron afectados en los parabrisas.²

Esta es una crónica incompleta, como el resto de las que se hicieron en los medios electrónicos o impresos en esos días. Se les olvidó decir que los primeros afectados fueron las personas que viven al otro lado de ese muro, en el predio conocido como “La Casona”, que es ocupado por 23 familias originarias del pueblo de Santiago Mexquititlán, del municipio de Amealco, en el estado de Querétaro. A partir de ese día fueron desalojadas con el pretexto oficial de que era por su seguridad y ubicadas en carpas en la glorieta de los Insurgentes, mientras sus viviendas eran cateadas por la policía sin que mediara una orden judicial. Tuvieron que pasar varias semanas para que las autoridades decidieran permitirles la entrada a sus viviendas, ubicadas en el número 342 de la avenida Chapultepec.

ANTECEDENTES

Este estudio es producto de un proyecto de investigación de la Escuela Nacional

¹ Salgado, “Explosivo”, 2008, pp. 26-28.

² *Ibid.*

de Antropología e Historia (ENAH) sobre 23 familias originarias del municipio de Amealco, Qro., las cuales desde 1996 ocupan el predio conocido como “La Casona”, con quienes entramos en contacto a través del Programa de Atención a Indígenas Migrantes en el D. F., del entonces Instituto Nacional Indigenista (el cual después de 54 años se transforma, a partir del 5 de julio de 2003, en la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas) y la ONG Colibrí.

Como parte del trabajo que entonces se realizó se aplicó a los habitantes de “La Casona” un censo que contiene sus datos generales, condiciones en que viven, uso de la lengua otomí, enfermedades comunes y ceremonias religiosas en que participan en el predio y en el pueblo. Información sobre las causas de la migración, los problemas que enfrentan cotidianamente y acerca de los vínculos familiares en la comunidad de origen. De igual forma, se realizaron entrevistas a los líderes y otros integrantes del grupo.

Durante la elaboración del trabajo observamos que la coexistencia entre los integrantes del grupo se da a partir de una historia, de costumbres, tradiciones y creencias religiosas comunes, que les permiten establecer una red de relaciones de solidaridad y reciprocidad para enfrentar los problemas de la vida cotidiana en el ámbito urbano.

El enfoque de este estudio se ubica en el campo de la etnografía, lo cual nos permitió entender su organización interna y estrategias económicas de sobrevivencia, que se sustentan en la lengua materna y en un conjunto de signos compartidos que los cohesionan y les permiten sobrevivir en el contexto urbano de la ciudad de México.

Para entender el proceso migratorio de los otomíes de Santiago Mexquititlán a la ciudad de México se revisaron trabajos como el de Lourdes Arizpe,³ quien analiza el impacto en la estructura religiosa, familiar y económica en la comunidad de origen. El de Alonso Serna,⁴ quien aborda los elementos sociales de la migración, los destinos, la ocupación de los migrantes, las condiciones socioeconómicas regionales, la migración femenina y la organización social, y el de Martínez,⁵ quien propone la existencia de relaciones que vinculan a los migrantes con su comunidad de origen, entre otros.

FUNDAMENTOS

Una problemática histórica en la región otomí de Santiago Mexquititlán, al sur del estado de Querétaro, es la migración, la cual es generada en gran medida por la marginación en la región y por el deterioro ecológico del territorio, aunado a factores de orden económico, que convierten en emigrantes a un gran número de sus habitantes.⁶

Marginalidad, resultado de una estructura económica incapaz de proporcionar empleo fijo a una población en constante crecimiento, que produce una distribución desigual e injusta de la riqueza. No obstante, no es conveniente entenderla sólo como la carencia de ciertos bienes y servicios, porque esta es parte de las características del capitalismo subdesarrollado y arraigado en países latinoamericanos,

³ Arizpe, *Indígenas*, 1980.

⁴ Serna, *Migración*, 1996.

⁵ Martínez, “Migrantes”, 2002.

⁶ Rubio, Millán y Gutiérrez, *Migración*, 2000.

que propicia la migración de familias a los centros urbanos para completar sus ingresos a través de la venta de artesanías, el comercio ambulante o en empleos eventuales y mal pagados.⁷

Martínez⁸ cuestiona el modelo dualista de migración del campo a la ciudad, porque este plantea una discontinuidad entre la vida “tradicional” de las localidades de origen y la vida “moderna” en el medio urbano. Con base en estudios africanistas de la década de los cincuenta, vincula la ciudad y el campo mediante los recursos económicos aportados por migrantes, y a través de la estrategia familiar de enviar alternadamente a sus miembros a la ciudad o a Estados Unidos. Así, en vez de hablar de aculturación, asimilación o fusión de los migrantes respecto a las ciudades, es más correcto referirse a cambios situacionales, ya que el migrar no equivale a romper los lazos con la comunidad.

Rubio⁹ señala que la migración indígena hacia las ciudades cobra relevancia por los efectos económicos, políticos y sociodemográficos que ha ocasionado, tanto en los lugares de expulsión como en los de atracción, que hacen evidentes las condiciones de marginalidad, pobreza, discriminación y violencia de que son objeto por parte del capitalismo subdesarrollado en el medio urbano.

A partir de la década de los cuarenta del siglo pasado, como resultado directo del proceso de industrialización, empieza un aumento en la migración hacia las ciudades. En el Distrito Federal el flujo migratorio de lugares cercanos es impulsado en gran medida por la falta de tierra culti-

vable y por la construcción de carreteras. Con todo, la migración a las ciudades no implica la ruptura con la comunidad de origen, debido a que tienden a reproducir en su nuevo lugar de residencia muchas de sus costumbres, las cuales son recreadas en ámbitos privados en una dinámica que tiende a preservar su identidad.¹⁰

LOS OTOMÍES DE “LA CASONA”

Entre los otomíes de “La Casona” la vida cotidiana se organiza a partir de dos ámbitos, el doméstico y mediante lazos familiares en la comunidad de origen, que se caracterizan por conservar una memoria histórica y la existencia de una serie de representaciones religiosas que les da cohesión y sentido de pertenencia.

Pertenencia que se reconoce por ser originarios de la misma comunidad, Santiago Mexquititlán, y por su afiliación a uno de los barrios, donde el lugar de origen se constituye como el sustento que ofrece un sentido de identidad que incorpora, como escribe Prieto, “una serie de identidades específicas de carácter parental con una notable fuerza cohesiva”.¹¹

Entre la primera generación de “La Casona” observamos que no se propicia el desconocimiento de su pertenencia ni su alejamiento –desde el punto de vista identitario– en la mayoría de las familias, en la medida en que mantienen una serie de obligaciones religiosas, festivas y familiares en el pueblo, que son importantes para resignificar su organización comunitaria en la ciudad de México. Sin embargo, los cambios que se originan de forma vertigi-

⁷ Stavenhagen, “Problemas”, 1980.

⁸ Martínez, “Migrantes”, 2002.

⁹ Rubio, Millán y Gutiérrez, *Migración*, 2000.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Prieto y Utrilla, “Ar ngú”, 2003, p. 169.

nosa de lo “tradicional” a lo urbano, han motivado entre los adultos la preocupación por preservar y trasmitir a sus hijos “el costumbre” para fortalecer su identidad.

En el proceso de incorporación al espacio urbano del grupo otomí de “La Casona”, también nos percatamos de cómo las transformaciones en su organización en vez de fusionarlos al medio urbano han generado una identidad más compleja, apoyada en la particularidad de su cultura, donde se busca inculcar ciertos valores y normas vinculados con sus prácticas culturales tradicionales e inventar nuevas formas. Según Hobsbawm, este es “un proceso de formalización y de ritualización que se caracteriza por su referencia al pasado, aunque sólo sea por una repetición impuesta”.¹²

Es por eso que integrarse a la vida urbana no significa disolverse o asimilarse a la cultura dominante, ya que conservan la propia a través de la resignificación de las costumbres y tradiciones de la comunidad de origen. Es decir, como escribe Rubio, “vuelven inteligible el mundo urbano al interpretarlo desde las categorías significativas con las cuales fueron socializados; pero estas categorías a su vez son negociadas y actualizadas al aplicarse a nuevas experiencias”.¹³

Del mismo modo, las relaciones sociales entre los miembros del grupo contribuyen a fortalecer la imagen que conservan de su cultura y de ellos mismos como otomíes, y las redes sociales que establecen sirven como auspicios, guías y controles, por lo que el procesamiento de experiencias nuevas no ocurre únicamente en su

relación con el exterior, sino también en la interacción del grupo al reforzar aquellos aspectos comunes que los identifican y los ayudan a sobrevivir en la ciudad de México. Según Lomnitz,¹⁴ estos espacios les permiten a los migrantes resolver el problema de adaptación al medio urbano, donde se construye una estructura social que les garantiza una subsistencia mínima durante los períodos de inactividad económica.

En este proceso de incorporación al ámbito urbano se manifiestan en el grupo cambios individuales y colectivos que, por una parte, se reflejan en nuevos valores y costumbres en el grupo y, por otra, tienden a reproducir su cultura mediante la transmisión de ciertos valores que los cohesionan y hacen conscientes de su identidad como otomíes –las ceremonias religiosas en las que participan, los símbolos y signos religiosos, el uso de la lengua otomí y la reciprocidad–, que en conjunto tienden a enriquecer y fortalecer su cultura.

UBICACIÓN

Entre los vestigios que se conservaban hasta el año 2003 de lo que fue una vivienda de clase media urbana de principios del siglo xx, se ve en el umbral de la entrada un arco de tabique rojo sostenido por bloques de piedra y una puerta desvencijada de madera.

El predio está ocupado por 23 viviendas construidas con madera, lámina y cartón que corren de norte a sur en tres hileras, divididas por dos corredores. Entre los lavaderos y las tres hileras de viviendas hay un patio rectangular –de unos cuatro

¹² Hobsbawm, “Introducción”, 1983, p. 6.

¹³ Rubio, Millán y Gutiérrez, *Migración*, 2000, p. 52.

¹⁴ Lomnitz, “Marginalidad”, 1981.

por diez metros— y una capilla a la Virgen de Guadalupe. El patio y los corredores son de cemento en pendiente para que el agua corra hacia las tres coladeras que hay en el predio, dos se ubican al inicio de cada pasillo y otra en los lavaderos.

Un espacio importante son justamente los lavaderos, donde se ubica la única llave de agua potable que hay en el predio; allí las mujeres se turnan desde temprano y hasta el anochecer para tallar la ropa de la familia y llenar cubetas. Otro espacio importante es el patio, lugar de interacción —de mujeres y hombres— y punto de reunión para conversar, enterarse de los problemas cotidianos de los ámbitos familiar y laboral, y lugar de juego para los muchachos.

LOS PRECURSORES

Los precursores de “La Casona” llegaron a ocupar originalmente los camellones de la avenida Chapultepec y Paseo de la Reforma, lugares que seleccionaron para la venta ambulante de sus productos: chicles, golosinas y artículos de temporada (sombrillas, gorros de navidad, muñecas de trapo y telas bordadas), para limpiar parabrisas y pedir dinero.

Al ubicar el predio baldío de avenida Chapultepec número 342, se organizaron para ocuparlo, ante la falta de vivienda en la ciudad. Se constituyeron como Grupo Otomí Zona Rosa A. C. para tener representación legal y defenderse de los supuestos dueños y de las autoridades judiciales, así como para realizar gestiones de diversa índole. Según versión de Florentino Francisco Gabino, de 48 años de edad, el predio fue ocupado a finales de 1996 por doce familias:

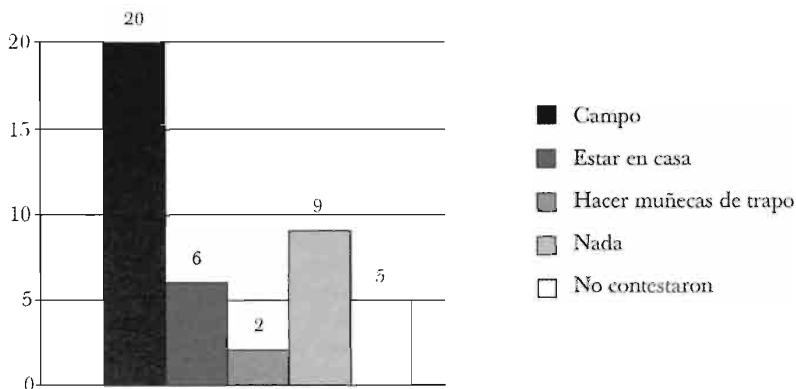
Vinimos a la ciudad porque en el rancho estábamos en la pobreza; nueve años viví en la calle, dormíamos en el Ángel de la Independencia y en el camellón de avenida Chapultepec, junto al metro de Insurgentes. Pedíamos agua en los comercios para lavar la ropa y para bañarnos, y cocinábamos en la calle con leña. En 1996 nos juntamos doce familias y nos venimos a meter a este predio, que entonces estaba vacío. Nos metimos para tener un lugar donde protegernos, porque en la calle hace mucho frío o calor, o llueve; además, sufrían mucho los niños y siempre traímos cargando la ropa, las cobijas, las tortillas y las muñecas que vendemos en la Zona Rosa. El terreno estaba lleno de escombros, piedras, polines y vigas: en unas pocas semanas ya habíamos como 16 familias adentro.

Un domingo temprano, cuando estábamos limpiando —a algunos que emparejábamos un piso—, se nos cayó una barda; uno se murió y dos fuimos a parar al hospital, y yo desde entonces quedé cojo. Por eso estamos aquí¹⁵ (véanse gráficas 1 y 2).

Entre las familias de “La Casona” hay diferentes niveles de pobreza, que se expresan en la construcción de sus viviendas y en los pocos bienes materiales que tienen. Si bien hay viviendas con piso de cemento, en otras sólo han apisonado con tierra o recubierto con desecho de ladrillo, y si algunos tienen estufa de gas, televisión, radio, camas y licuadora, son más los que carecen de utensilios domésticos. Hay trece viviendas con piso de concreto, seis con piso de tierra apisonada, tres con piso de plástico y una con piso de tabique apisonado (véase gráfica 3).

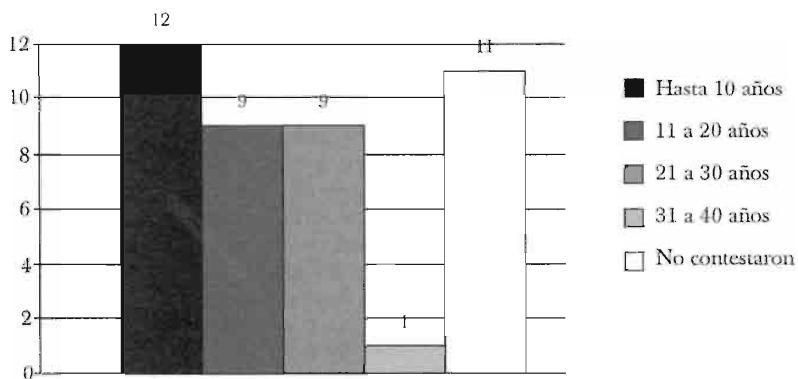
¹⁵ Entrevista a Florentino Francisco Gabino, realizada en noviembre de 2002.

Gráfica 1. Actividades en su lugar de origen



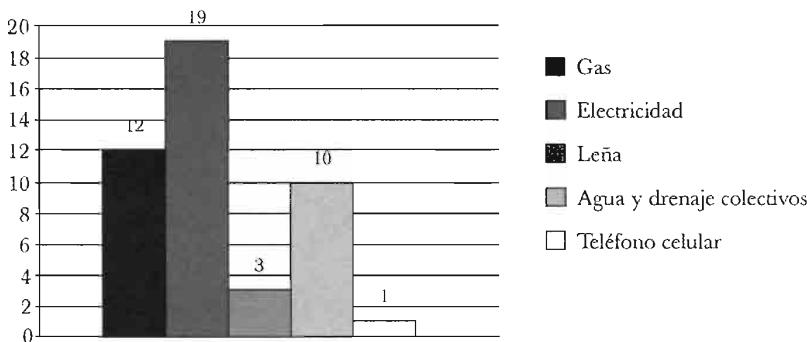
Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 2. Tiempo de residencia en la ciudad



Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 3. Servicios con los que cuenta la vivienda



Fuente: Elaboración propia.

En un primer análisis de la información del censo que se aplicó se puede apreciar cómo las condiciones de marginación y pobreza acarrean diversos problemas: sanitarios, de desnutrición, de violencia intrafamiliar, de drogadicción, de inaccesibilidad a la escuela y de trabajo infantil, entre otros. Además, se refleja en una escolaridad mínima, como puede observarse en la gráfica 4.

Los datos muestran un nivel de escolaridad similar entre hombres y mujeres, haciendo significativas las diferencias entre quienes tienen algún grado de estudios y los que no han asistido a la escuela, como veremos más adelante. También destaca la incorporación tardía a la escuela, un alto porcentaje con primaria no terminada y un bajo porcentaje con secundaria.

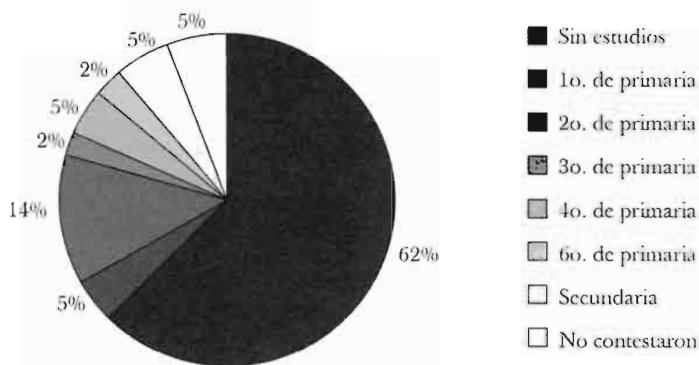
Otra característica es que el porcentaje de hombres y de mujeres está equilibrado, aunque existe un ligero predominio

nio femenino, y que la mayoría de la población es joven –fenómeno provocado por la migración reciente–, en edad productiva y reproductiva (véase gráfica 5).

A través del censo a las 23 familias, entrevistas y el registro etnográfico se puede observar que las actividades entre los integrantes del grupo se ubican en la economía informal: construcción, servicio doméstico y venta ambulante de los más diversos productos. Se distingue la actividad en el servicio doméstico y la venta ambulante que realizan las mujeres por los ingresos que aportan al gasto familiar, sobre todo cuando los hombres están desempleados, lo cual ha generado cambios en la organización familiar y participación de las mujeres en la toma de decisiones, e incluso el acceso a la jefatura de la familia.

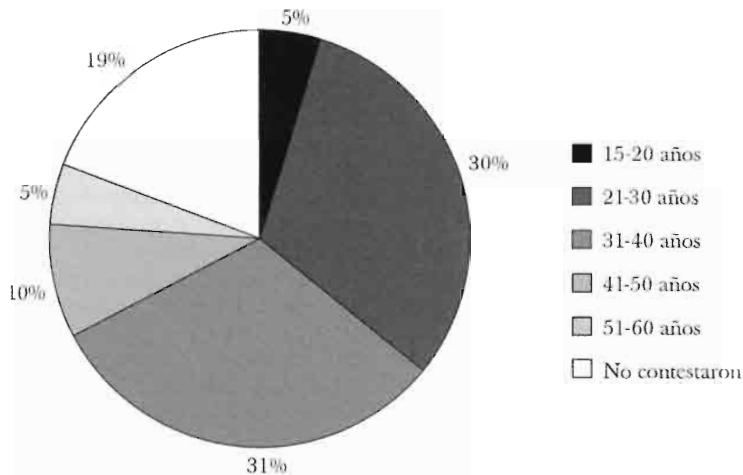
Los productos que venden las mujeres son muñequitas de trapo, frutas o chicles.

Gráfica 4. Nivel de estudios



Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 5. Rangos de edad



Fuente: Elaboración propia.

Los hombres los productos que ellos elaboran –gorros de Santa Clos y de venado– y otras mercancías de temporada que compran en el mercado de Sonora.

De igual forma, es importante la aportación a la economía familiar de los menores de edad y la percepción que tienen de sus actividades –la venta de chicles en restaurantes, bares, discotecas, “antros”, oficinas, estacionamientos públicos, cines, teatros, o pedir dinero y como limpiaparabrisas en calles circunvecinas de la Zona Rosa– como algo “natural”, no obligatorio ni desagradable, que también realizan sus padres, abuelos y familiares y que sirven para comprar comida o cosas para la familia.

Asimismo, sobresale entre la primera generación de los ocupantes de ‘La Casona’ la idea de que están en la ciudad de forma temporal, mientras sus hijos puedan “valerse por ellos mismos”, porque en el pueblo no alcanza la tierra para todos, o por las exigencias económicas de la familia.

ORGANIZACIÓN DEL GRUPO

El grupo de “La Casona” suma 127 personas: 67 mujeres y 59 hombres, de los cuales 59 son adultos (quince mujeres y 17 hombres, de 18 a 30 años; 16 mujeres y once hombres, de 31 a 60 años) y 68 son menores de edad (doce niñas y seis niños, de cero a cinco años; 26 niñas y 24 niños, de seis a 17 años) (véase cuadro 1).

En la mayoría de los casos, los jefes de familia son originarios de Santiago Mexquititlán (véase gráfica 6); cada familia tiene en promedio seis integrantes. Los menores se incorporan a las actividades económicas familiares entre los cinco y los ocho años de edad –acompañados de sus

Cuadro 1. Rangos de edades

	0-5	6-17	18-30	31-60	Total
Hombres	6	24	17	11	58
Mujeres	12	26	15	16	69
Total	18	50	32	27	127

A través de este cuadro se puede observar la presencia de un mayor número de mujeres.

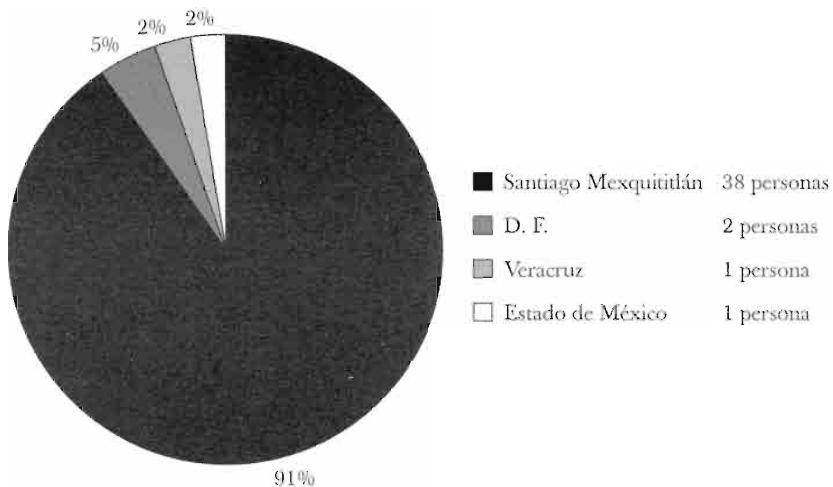
padres o por su cuenta–, en la venta de chicles, limpiando parabrisas o pidiendo dinero hasta altas horas de la noche en distintos lugares de avenida Chapultepec, Paseo de la Reforma y calles circunvecinas de la Zona Rosa (véase gráfica 7).

La vida colectiva del grupo se caracteriza por lazos de parentesco: por ejemplo, Lucina Pérez Mendoza, de la vivienda número 2, es madre de Margarita Lucio Máximo, de la vivienda número 1, y de Martha Domingo Pedro, de la vivienda número 3, ya que el lugar de nacimiento de los jefes de familia es Santiago Mexquititlán (barrio 1°, 19; barrio 2°, 7; barrio 3°, 6; barrio 5°, 1; y barrio 6°, 5). Además, hay cuatro jefes de familia que pertenecen al grupo por “adopción” (originarios del D. F., Veracruz y el Estado de México), es decir, vía matrimonio civil y religioso con algún integrante originario del pueblo: en total 42 jefes de familia. La lengua materna es el otomí, y como segunda lengua el español.

GRUPO OTOMÍ ZONA ROSA A. C.

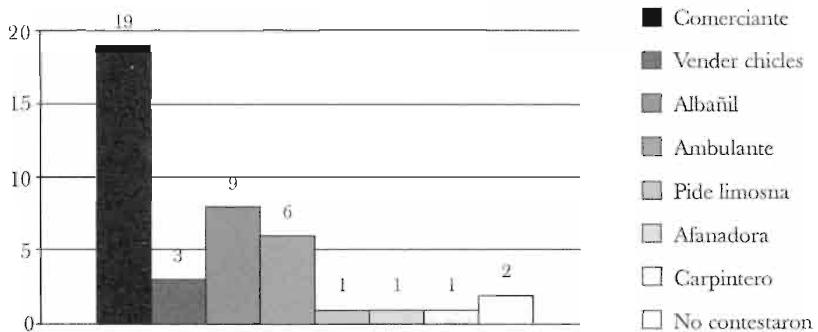
La mesa directiva de la asociación está compuesta por un presidente, un secretario, un tesorero y un vocal, quienes convo-

Gráfica 6. Lugar de nacimiento



Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 7. Ocupación en la ciudad



Fuente: Elaboración propia.

can regularmente a reuniones para informar de asuntos concernientes a gestiones y problemas cotidianos que enfrentan con autoridades de la vía pública y la policía de la delegación Cuauhtémoc en la búsqueda de espacios en la calle para la venta de sus productos, de las gestiones para regularizar el predio a su favor, de aquellos problemas internos que les preocupan –como la drogadicción entre adolescentes–, del funcionamiento de la cooperativa, de la elaboración y venta de productos de temporada y de su participación en las fiestas religiosas y civiles, tanto en el pueblo como en el predio.

Están organizados en una cooperativa de producción que cuenta con una caja de ahorro que utilizan para la compra de materiales para la elaboración de los productos de temporada, para mercancía de novedad o para algún gasto urgente. Alejandra –una joven entonces de quince años– era la responsable de recoger antes de cada reunión la cooperación económica de cada familia, anotando en una libreta el dinero de las aportaciones semanales. Al preguntarle qué hacen con las aportaciones, contestó “yo sólo soy la encargada de llevar la caja de ahorro, y quien decide en qué se gasta es la asamblea, o cuando hay alguna necesidad urgente”.¹⁶

En 1997 lograron comprar, con apoyo del Programa de Atención a Indígenas Migrantes del INI-DF y recursos económicos de la ONG Cáritas, un terreno en el municipio de Chimalhuacán, Estado de México, así como iniciar la construcción de viviendas. Sin embargo, existen opiniones contrarias en el grupo que han dificultado que se realice el proyecto, porque

mientras unos creen que estarían mejor allá, otros consideran que mudarse tan lejos de donde realizan sus actividades implica gastos en pasajes, tiempo en desplazamiento y sobre todo una renta mensual –a 30 años– por la construcción, que no siempre estarían en condiciones de pagar.

El grupo ha adoptado la estrategia de la “multiapariencia de afiliación”, según el tipo de demanda que necesiten resolver, al establecer alianzas temporales con organizaciones gubernamentales o asumiéndose como pertenecientes a algún partido político. Por ejemplo, tienen contacto con distintas organizaciones de grupos migrantes en la ciudad de México y con militantes del PRD del XII distrito federal o XIV local, quienes llevan vales de dinero a cada familia cuando se acercan los procesos electorales para presidente de la república, diputados federales y senadores, o cuando se elige jefe de gobierno del D. F. y diputados locales, comprometiéndole su voto y participación en actividades de proselitismo a favor de sus candidatos.

La respuesta a las peticiones de este partido político o de cualquier otro es poco entusiasta, argumentan que siempre que hay elecciones los van a visitar y les ofrecen cosas, pero después no los vuelven a ver. Como les pasó –dicen– cuando las elecciones federales de 1999; los panistas les fueron a pedir que votaran por el entonces candidato a la presidencia Vicente Fox, con la promesa de que los iba a ayudar, y a la fecha no saben de ellos.

Un sábado de asamblea

Juan Ventura Juan, presidente de la mesa directiva de la asociación, informó que la reunión se efectuaría con el orden del día

¹⁶ Entrevista a Alejandra, realizada en mayo de 2003.

siguiente: 1. Pase de lista. 2. Adeudo de 38 000 pesos al INI por las máquinas de coser y el material para la elaboración de los gorros de la cooperativa. 3. Pago del ahorro para las escrituras del terreno de Chimalhuacán. 4. Pago del préstamo de la compra del terreno de Chimalhuacán. 5. Asuntos generales.

Pasaron lista de presente 18 familias; la mayoría de las asistentes eran mujeres, se les recordó que deben ir al corriente en el pago de las inasistencias. Cuando no se asiste a las reuniones se les cobra una multa de 20 pesos, que se utilizan para tener un fondo en los gastos de gestiones que realiza la mesa directiva. También se informó que representantes del INI han ido al predio y comentado que el taller está muy abandonado, que no hay producción y que se ha abonado muy poco al préstamo para la compra de las máquinas y el material, y que pidieron que se realice una asamblea para llenar un acta con quienes quieran participar en la cooperativa y nombrar a los responsables.

De igual forma se informó que los depósitos en el banco para el ahorro del pago de escrituras del terreno de Chimalhuacán se hacen tres o cuatro días después del sábado, por lo que se deja de ganar intereses si no se paga a tiempo. Las jóvenes responsables de la caja de ahorro (presidenta, vocal y tesorera), quienes estudian la secundaria, comentaron que hay familias que adeudan hasta 200 pesos por multas; cuando no se paga un sábado los 20 pesos del ahorro, la multa es de 20 pesos más. Igualmente se les recordó que "la hora del ahorro" es de dos a tres de la tarde, y a quienes paguen después de ese tiempo se les cobrará cinco pesos de recargo. Además tienen un ahorro voluntario que consiste en aportar más de 20

pesos. En el punto 5 se pasó lista para que pagaran los que tuvieran adeudos anteriores del terreno de Chimalhuacán; el adeudo por la compra de este lo tienen con la ONG Cáritas.

Las responsables de la caja de ahorro argumentaron que varias familias dan el dinero a la hora que quieren, o dos o tres días después del sábado o no quieren pagar las multas, por lo que no pueden depositar los lunes y quieren renunciar. Juan, presidente de la asociación, señaló

a veces la gente no comprende el trabajo que se hace para beneficio de todos y no ayudan, pero deben ser conscientes de esa situación porque han tenido la oportunidad de estudiar, y si aceptamos su renuncia quién se va a hacer responsable y eso sería un perjuicio para todos.¹⁷

Les pidió que siguieran adelante en su responsabilidad y a la asamblea a que ayuden para que hagan bien su trabajo.

ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Los hombres realizan diferentes actividades para aumentar sus ingresos, aunque preferentemente salen a vender a la calle productos de temporada (gorros de Santa Clos o cuernos de venado), que elaboran en las tres máquinas eléctricas que consiguieron con financiamiento del Programa de Atención a Indígenas Migrantes en el D. F., del INI. Cuando no hay producción buscan ocuparse como ayudantes de albañil o electricista, en la venta de artículos de novedad o de limpiaparabrisas

¹⁷ Entrevista a Juan Ventura Juan, realizada en noviembre de 2003.

en las esquinas cercanas a “La Casona”, o como dicen: “en lo que cae”, por la dificultad para acceder a empleos de la economía formal, por carecer de acta de nacimiento, cartilla militar o certificado de primaria (véase gráfica 7).

En la elaboración de sus productos existe una división sexual del trabajo: las mujeres y los niños recortan las piezas, mientras los hombres se turnan para coser en las máquinas; las mujeres cosen a mano, tanto gorras como muñequitas, siendo contadas las que saben usar las máquinas. Juan Ventura Juan, comentó “este año la producción de gorros –de Santa Clos y cuernos de reno– dio para 600 piezas por familia aunque no se pudo vender todo, incluso vendiendo en Querétaro” (véanse gráficas 8 y 9).

LAS MUJERES

Algunas mujeres se dedican a la venta ambulante de muñequitas de trapo, gorras de Santa Clos y cuernos de venado que se producen en el taller, así como de productos de temporada o dulces y chicles que compran en el mercado de la Merced o Sonora. Otras se emplean en el servicio doméstico o de meseras. Los niños que acompañan a las mujeres alternan sus actividades limpiando parabrisas o como “payasitos” en esquinas, calles y avenidas de la delegación Cuauhtémoc. Aunque hay mujeres que conservan su indumentaria tradicional como una forma de identidad cultural y estrategia económica, la mayoría ha adoptado la vestimenta urbana, notándose la preferencia de las jóvenes por telas estampadas y colores llamativos, accesorios y maquillaje, y, entre los hombres, la gorra beisbolera ha sustitui-

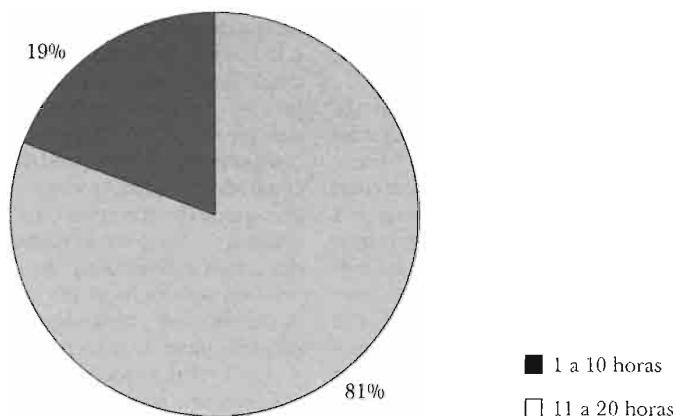
do al sombrero, y el calzado de hule, las botas o los tenis, al guarache.

Lucía Eugenio Ruiz comentó: “cuando quedé viuda tuve que venir a trabajar a la ciudad, primero vendiendo dulces y desde hace dos años muñequitas de trapo”; en el predio hay cuatro mujeres viudas que son jefas de familia. Su familia se compone de dos hijos, uno de 18 y otro de cinco años de edad, quienes no tienen ningún grado de escolaridad. La vivienda que ocupan, marcada con el número 20, tienen dos camas individuales, una la ocupa Lucía y la otra sus dos hijos: cocina en hornillas de combustible, tiene algunos trastes, una pequeña mesa de madera, tres sillas, radio y tres huacales que sirven para guardar sus pertenencias personales y los materiales para la elaboración de muñequitas de trapo. Los ingresos, producto de la venta de las muñequitas y de limpiar parabrisas, se destinan en gran porcentaje a comprar comida.

Lucía nació en Santiago Mexquititlán en 1963 y es la menor de seis hermanos (cuatro hombres y dos mujeres). Su padre murió –según cuenta–, cuando tenía cuatro años, por lo que quedó bajo el cuidado de su madre, quien murió cuando cumplió 14 años. Nunca asistió a la escuela, y para ganarse la vida trabajaba con familiares o vecinos desgranando maíz o cuidando guajolotes. Se casó a los quince años y enviudó cuando su último hijo tenía un año, entonces decidió venirse a la ciudad de México porque “no tenía qué darles de comer a mis hijos allá en el pueblo. No sabía hacer nada, sólo cuidaba mi casa y a mi marido, que era quien trabajaba, pero se murió de tanto que tomaba.”

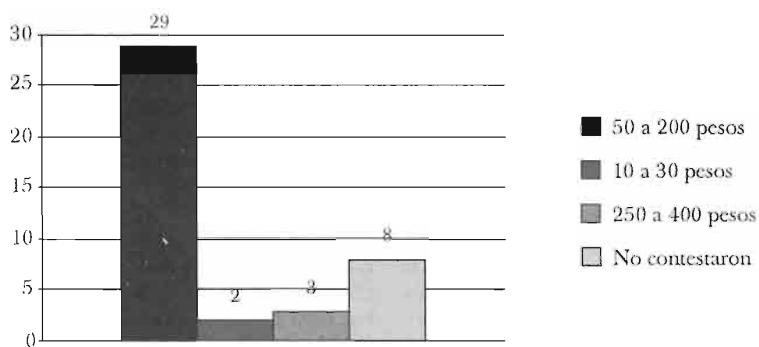
Llegó a “La Casona” en 2001 porque una vecina de barrio 3º habló con Juan Ventura Juan –dirigente del grupo–, quien

Gráfica 8. Tiempo dedicado a su ocupación



Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 9. Ingreso diario



Fuente: Elaboración propia.

aceptó que ocupara la vivienda de una familia que migró a Monterrey. Aquí aprendió a hacer muñequitas de trapo, las cuales vende en la Zona Rosa, igual que los gorros de Santa Clos o de venado de la cooperativa, o productos de temporada que compra en el mercado de Sonora.

Aclaró:

hacer muñequitas de trapo requiere mucho tiempo y se gana muy poco, pero prefiero eso, porque de mesera en la Merced se gana igual y los hombres normás se acercan para satisfacerse y una se llena de hijos que está canijo pa' mantener, y de sirvienta la tratan a uno muy mal y luego ni quieren pagar. En la venta de muñequitas de trapo a la mejor no se gana mucho, pero estoy en mi casa con mis hijos y nadie me regaña.

Respecto a por qué sus hijos no van a la escuela, explicó: "no he tenido posibilidades de mandarlos por falta de dinero, pero trato de enseñarles lo que he aprendido, para que nadie los trate mal", aunque tiene la intención de mandar al más pequeño a la primaria "para que le enseñen cosas y le vaya mejor". Su hijo mayor, aunque nunca fue a la escuela, sabe sumar, restar, multiplicar y lee cuentos, revistas y periódicos deportivos.

Una de las preocupaciones de Lucía es que su hijo mayor empezó a drogarse con solventes, a lo que comentó: "es por la influencia de los muchachos con los que anda limpiando parabrisas, por lo que a veces pienso regresarme al pueblo". Sin embargo, expresó: "me detiene el no tener que comer allá",¹⁸ y prefiere mejor quedarse aunque no sabe a quién recurrir para que la

ayuden. Para Lucía lo primero es el cuidado de sus hijos, aunque no sabe exactamente cómo hacerlo en un ámbito poco favorable como la ciudad, limitándose su responsabilidad como jefa de familia a aportar lo indispensable para su alimentación.

PROBLEMAS COTIDIANOS

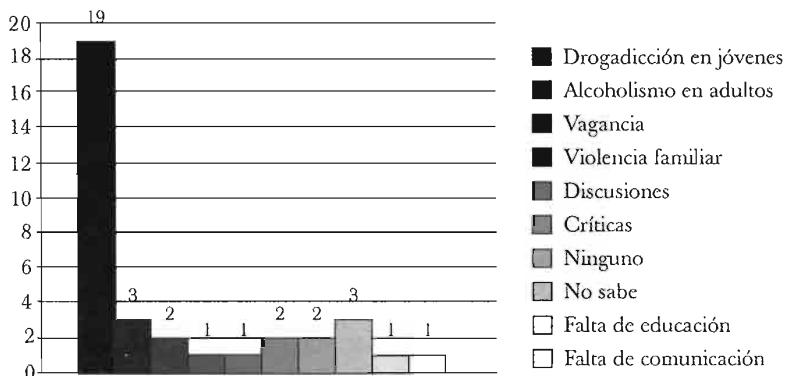
El soporte fundamental de las familias en "La Casona" son las mujeres, para quienes la problemática más preocupante es la drogadicción entre los jóvenes: una de las jefas de familia, señaló: "la drogadicción entre los muchachos hace que cuando 'andan pasados', les dé por robar en la calle o llegan y son mal ejemplo para los más chicos", por lo que -dice- no deja jugar a sus niños con los más grandes, por el temor a que empiecen a drogarse.

Entre los jóvenes hay un alto índice de drogadicción que se debe a varios factores, entre los que se cuentan la facilidad con que pueden acceder a los solventes u otro tipo de drogas, las relaciones que establecen en las calles con otros adolescentes, el ambiente hostil en que se desenvuelven diariamente y el consecuente impacto que provoca en ellos, por lo que buscan evadirse de una realidad que los margina cultural y económicamente.

Es opinión generalizada en el grupo que si bien la drogadicción entre los jóvenes es un problema, no debe avergonzar a las familias que la padecen, porque en un lugar como en el que viven es muy fácil que a sus hijos les ofrezcan drogas, por lo que las familias que no tengan esta problemática deben tratar de ayudar a quien tiene algún hijo en esta situación, ya que nadie está exento de padecerlo (véase gráfica 10).

¹⁸ Entrevista a Lucía Eugenio Ruiz, realizada en noviembre de 2003.

Gráfica 10. Problemas cotidianos



Fuente: Elaboración propia.

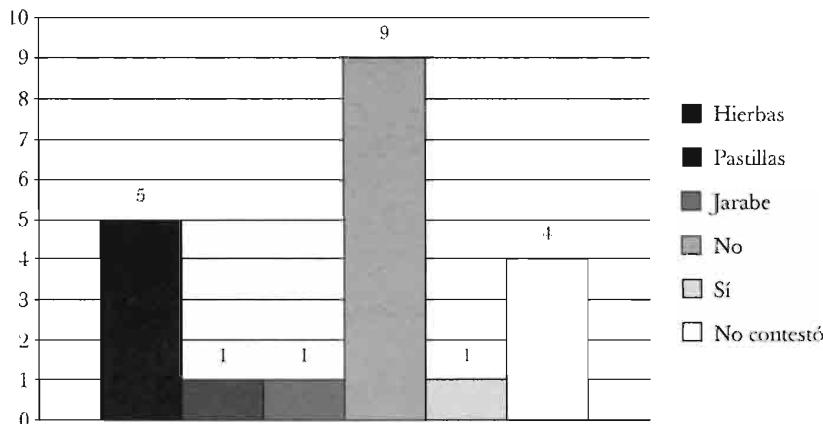
Otro constante motivo de preocupación son las enfermedades, que afectan principalmente a los niños y a los ancianos, quienes son atendidos en la consulta externa de la clínica 6 de la Secretaría de Salubridad y Asistencia ubicada en la calle de Versalles, o en el centro de salud de la colonia Roma. Sin embargo, el costo de las medicinas es un gasto que no están siempre en condiciones de hacer, por lo que en caso de enfermedades comunes –como gripe, tos, fiebre, anginas, diarrea y dolor de estómago– recurren a las hierbas del mercado de Sonora (véanse gráficas 11, 12 y 13).

Por último, los padres de familia que mandan a sus hijos a la escuela tienen la expectativa de que estos “sean otra cosa”, “trabajen en otra cosa” y no se droguen; por eso no los mandan a vender a la calle o de limpiaparabrisas (véase gráfica 14).

Sin embargo, la discriminación que enfrentan en la escuela hace más difíciles las cosas para sus hijos: por ejemplo, una jefa de familia expresó: “uno de mis niños que va a la primaria no quiere hablar otomí, porque se le olvida el español y sus compañeros cuando habla la lengua le dicen ‘pinche indio’”. Con todo, afirmó “tiene que hablarla porque cómo me va a entender, yo le digo que no haga caso de lo que le dicen los ‘pinches’ chamacos, porque si habla otomí puede aprender otros idiomas, como el inglés” (véase gráfica 15).

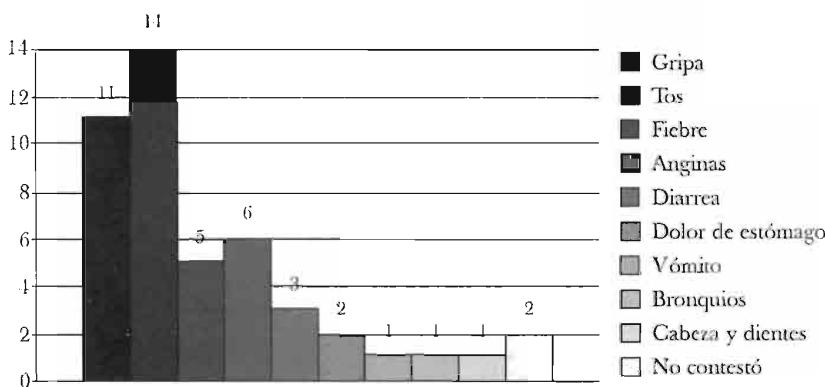
Aunque el porcentaje de hablantes de otomí en “La Casona” es dominante, como indica la gráfica anterior, empiezan a dejar de hablarlo o a ocultar su lengua materna, sobre todo entre la segunda generación. Pese a todo, la lengua de socialización en la casa y en el predio sigue siendo el otomí.

Gráfica 11. Recurrencia de la medicina tradicional



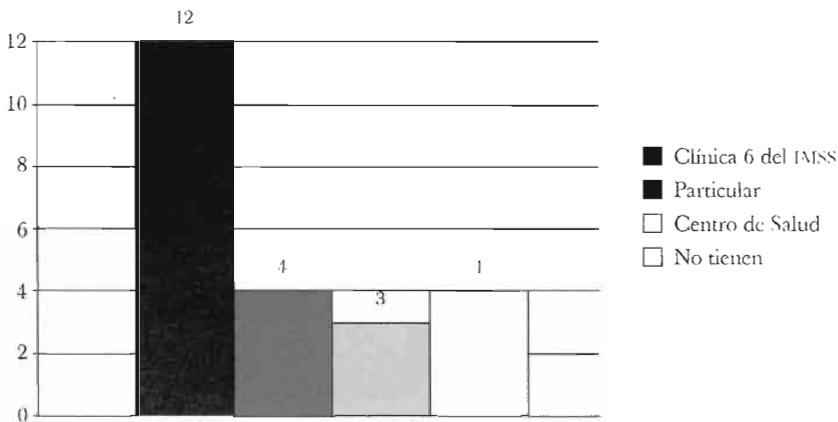
Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 12. Enfermedades frecuentes



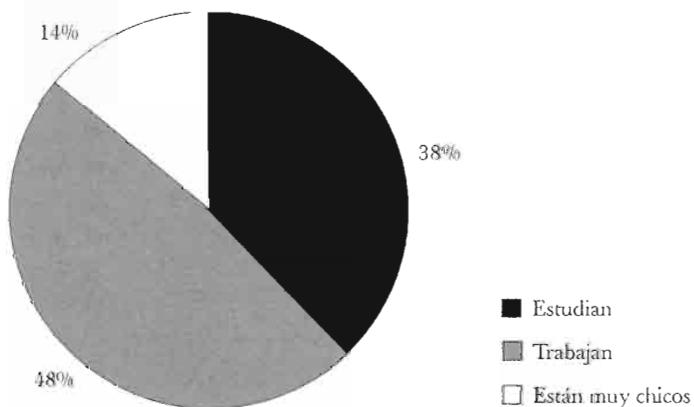
Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 13. Servicio médico



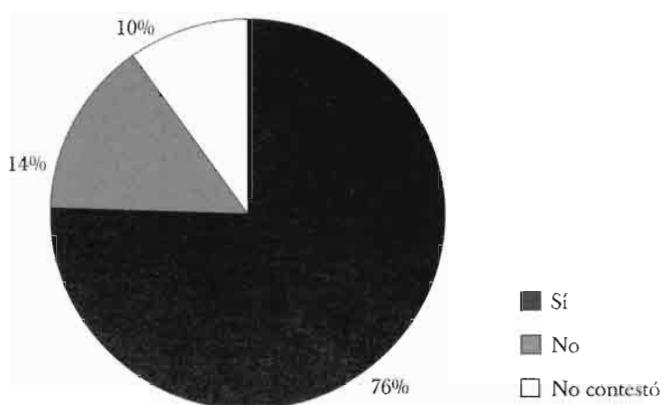
Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 14. Ocupación de los hijos



Fuente: Elaboración propia.

Gráfica 15. Hablantes de la lengua materna (hijos)



Fuente: Elaboración propia.

EN DEFENSA DE “EL COSTUMBRE”

Ubicados en la transición entre lo “moderno” y lo “tradicional”, existe la preocupación entre la primera generación de “La Casona” por preservar sus costumbres y tradiciones, a pesar de estar sujetos a procesos de cambio en su organización interna en la ciudad. Dichos cambios se expresan en nuevas formas de su cultura, pero sustentados en valores y símbolos religiosos comunes como las fiestas y ceremonias en las que participan, el uso de la lengua materna y la reciprocidad, lo cual tiende a enriquecer y a fortalecer su identidad étnica.

Los Santos Difuntos

A pesar de los problemas de la vida cotidiana en la ciudad, los otomíes de “La

Casona” están interesados en conservar sus costumbres: por ejemplo, en las ofrendas a los Santos Difuntos que hacen a instancia de las ONG Cáritas y Colibrí, aunque la mayoría no está de acuerdo porque –dicen– sus difuntos están enterrados en el pueblo.

Algunos de los que no van al pueblo en estos días ponen la ofrenda en el patio, enfrente de la capilla de la Virgen y los lavaderos, conscientes de que no es una ofrenda otomí: la noche anterior al 2 de noviembre las mujeres elaboran figuritas de pan y deshojan flores para hacer una cubierta donde colocan fruta, jarrones con flores, papel picado, calaveritas y hasta una cajita de cartón simulando un ataúd, y los hombres ayudan a limpiar y arreglar el espacio.

El 2 de noviembre por la mañana las mujeres levantan la ofrenda y se reparten las cosas; los hombres recogen las tablas,

quitan las tiras de papel picado y barren las hojas de las flores y otros desperdicios. Cuando terminan cada cual se incorpora a sus actividades; algunas mujeres se van a los lavaderos y otras a sus casas para seguir con sus labores cotidianas, mientras que los hombres buscan un lugar en el patio para asolearse o salen a trabajar.

La mayoría de las familias no van en estos días al pueblo por falta de dinero, como Julia, quien dijo:

no pude ir porque tengo cinco hijos y el pasaje está caro (80 pesos por persona), más lo que hay que llevar para gastar por allá. Cuando vamos tomamos el camión en la Central de Autobuses de Observatorio el día 31 a las seis para llegar al pueblo como a las diez de la mañana. Llegando se va uno directo al panteón a visitar a los difuntos, desyerbamos y les dejamos sus flores, luego se va uno pa' su casa a preparar los tamales y la comida para los difuntos mayores que llegan en la noche.¹⁹

Margarita Lucio comentó:

los que pudieron se fueron a poner la ofrenda al pueblo, porque la que se pone aquí no es igual; allá lo principal es ir a las capillas donde están las imágenes pintadas de los difuntos en unas tablitas que se mandan a hacer con unos señores de Tlaxacaltepec. A los difuntitos se les llevan canastos con tamales, panes, calabazas, pulque, cigarrillos y sus veladoras para que no se pierdan. A las ofrendas en el pueblo no se les ponen tantas cosas como aquí; allá la mayoría de la gente no pone flores amarillas porque son caras, uno se va al campo y trae

¹⁹ Entrevista a Julia, realizada en noviembre de 2002.

las que encuentra, y quien no tiene carne para los tamales pues con frijoles y con puro chile. Por lo demás, no todos estamos de acuerdo que se ponga ofrenda aquí, porque nuestros difuntos están sepultados en el pueblo y ponerla es nomás hacerlos venir a sufrir hasta acá, además ni conocieron donde vivimos.²⁰

Gregoria Macedonia subrayó:

nomás vea esta ofrenda castellana, les ponen esas cosas de plástico que parecen brujas, papel picado, deshojan las flores, frutas, jarrones con flores, copas de copal, veladoras y hacen pan con figuras de niños y panecitos de muertos hechos con barro; no está mal para los muchachos y para los que no pudimos ir al pueblo este año, porque nos acordamos de nuestros muertitos.²¹

Juan Ventura Juan, quien se dedica al comercio de semáforo —como él mismo define su trabajo—, describe cómo se celebra la fiesta en el pueblo:

Allá el último de mes es el día de los niñitos, uno va al panteón a limpiarles y se regresa a su casa a preparar los tamales para la noche, cuando llegan los difuntos mayores.

El mayor organiza dos grupos de campañeros, no porque toquen las campanas, nomás así les decimos, son gente de barrio 1°, 2°, 3° y 4°. El primero grupo va a rezar a las capillas de los barrios donde la gente lleva canastos de tamales, tortillas y panes para sus difuntos que esconden; cuando terminan de rezar les dicen que ya se pueden ir

²⁰ Entrevista a Margarita Lucio, realizada en noviembre de 2002.

²¹ Entrevista a Gregoria Macedonia, realizada en noviembre de 2002.

pero ellos esperan que les paguen con un canasto, la gente se ríe y les indican que lo busquen; cuando lo encuentran se van a otra capilla a seguir rezando, repitiéndose lo mismo toda la noche. Otro grupo se encarga de ir a pedir leña que se utiliza en la mañana cuando se reúnen todos los campaneros en el templo del pueblo para repartirse los tamales, y con la leña que recogieron guisan las calabazas que la gente les dio. Si alguno de los campaneros se durmió en el rezo o se fue o si les tocó ir a recoger leña y no lo hicieron, se les impone un castigo o una multa.

Juan, en tono nostálgico, mencionó:

este año no fui al pueblo porque es un gasto fuerte para llevar a la familia y dentro de un mes tengo que ir a sembrar, y hay que pagarles a los peones. Los que nos quedamos pusimos la ofrenda para que nuestros hijos no pierdan el costumbre, aunque esta no es una ofrenda otomí.

Cuando voy al pueblo ya no me dan ganas de regresar, pero me aguento para que mis hijos tengan aquí un lugar donde vivir. En el pueblo los que viven en el centro o donde pasa la carretera, ponen un negocio y no tienen necesidad de salir; pero uno que su casa está allá lejos, por donde no pasa nadie, ni para poner nada; por eso tiene uno que salir, por eso andamos aquí y ni modo.

Continuó diciendo:

En el pueblo hay como unas quince familias que tiene tiempo se benefician de lo que da el INI o de lo que llega de otros lados para el templo; por ejemplo, para el 25 de julio, que es la fiesta del pueblo, el baile ya no se hace en la plaza como antes, que la gente no pagaba. Ahora lo hacen en una carpita para cobrar las entradas y quieren organizarlo en un

auditorio que el gobierno construyó en barrio 4°, alquilar locales para cerveza, refrescos y comida, y no dejar que nadie más venda.

Tampoco estamos de acuerdo en que algunos duren en los cargos del templo más de tres años, y cuando les decimos que no deberían estar tanto tiempo nos dicen que nosotros no tenemos voz porque andamos fuera del pueblo. También hemos tenido diferencias con algunos de ellos porque gestionan apoyos en Amealco para el arreglo del templo y luego andan pidiendo para lo mismo en la comunidad. Eso ocasionó que hace unos tres años hubiera problemas; los que andamos fuera nos organizamos para solicitar una asamblea para cambiar las cosas, pero la gente del pueblo se vende por una torta diciendo que nosotros no vivimos allá, que vamos a cambiar el costumbre y cuandoo hay que votar lo hacen por los mismos de siempre; pero algún día las cosas van a cambiar.

Del mismo modo, señaló:

los que andamos trabajando afuera tenemos obligaciones en el pueblo, y si uno viene al D. F., o se va a Guadalajara, Monterrey, Querétaro o Reynosa es porque lo que gana uno trabajando los surcos en el pueblo sólo da para comer pero no para vestir y otras necesidades, por eso tenemos que salir. Pero siempre vamos a regresar a nuestro pueblo, uno anda por acá para que los hijos estén mejores.²²

En nuestro registro etnográfico de la celebración de los Santos Difuntos en Santiago Mexquititlán, el último día de octubre los cargueros van temprano a limpiar la iglesia y adornan los altares con gira-

²² Juan Ventura Juan, entrevista citada.

soles, alcatraces y gladiolas. Barren y florean la capilla del Calvario y regresan a rezar el rosario, para después ir al panteón a desyerbar las tumbas de sus difuntos y adornarlas con flores.

Los que andan fuera del pueblo llegan primero al panteón a dejar flores a sus muertos y después se van a su casa. Las mujeres barren temprano y arreglan las capillas familiares para que lleguen sus difuntos; las florean con cempasúchil, alcatraces, gladiolas y prenden veladoras.

Al día siguiente, 1 de noviembre, desde temprano llevan canastos con tamales, pan, tortillas, fruta y calabaza, un jarro con pulque y otro con atole, un vaso con agua y cigarros.

A partir de las doce del día, "si alguien tiene el gusto puede ir a tocar la campana del templo para despertar a sus abuelitos, para que se levanten y vayan a comer".²³

A las ocho de la noche se abre el templo del pueblo para rezar el rosario. Este año sólo asistieron 21 cargueros (16 mujeres y cinco hombres), y por la borrachera del rezandero estuvo a punto de suspenderse. Tampoco, como el año anterior, se organizaron para ir a rezar a las capillas y recoger leña y comida.

Una mujer, comentó:

la gente ya casi no viene al templo, la iglesia, porque los delegados [municipales] no apoyan, prefieren traer carpas para el baile; por eso nosotros vamos a apoyar el sábado [el 8 de noviembre fueron las elecciones para delegado y subdelegados municipales] a quien nos ayude a que no se pierda el costumbre.²⁴

²³ Entrevista a Rigoberto, realizada en noviembre de 2003.

²⁴ Entrevista a *carguera*, realizada en noviembre de 2003.

MOTIVOS DE FIESTA

El 12 y el 31 de diciembre

En la víspera del 12 de diciembre arreglan la capilla de la Virgen de Guadalupe, colocan algunos maderos alrededor y pintan. Esta es la celebración religiosa más importante para los habitantes de "La Casona". Los preparativos inician el primer día de diciembre con los rezos del rosario a las 20:30 horas; esta actividad religiosa se realiza por doce días, y en ella una familia es responsable de iniciar las oraciones y otra de llevar café y pan para todos. El día once, después del último rosario, se preparan para velar y empezar –alrededor de la media noche– a cantar letanías a la Virgen María de Guadalupe como lo hacen en el pueblo. Este día tiene gran significado religioso para los otomíes de "La Casona", sólo después de la fiesta del Señor Santiago el 25 de julio. Otra fiesta importante para el grupo es la del 14 de junio, cuando festejan su constitución como Grupo Otomí Zona Rosa A. C. y contratan un sonido para bailar toda la noche.

El 24 de diciembre no celebran por ser día de venta, pero el 31 del mismo mes se organizan para festejar; preparan comida, compran botellas de ron o tequila y hasta alquilan un aparato de sonido. La gente no va a su comunidad en esos días porque prefieren guardar su dinero para ir a la fiesta del patrón del pueblo.

Finalmente, el registro etnográfico como un conjunto de enunciados sistemáticamente relacionados de la antropología y la historia nos permitió entender cómo los vínculos religiosos, festivos y familiares del grupo de "La Casona" con la comunidad de origen hacen posible la transmisión de costumbres y tradiciones

que los cohesionan en un contexto urbano –más allá de su organización interna, estrategias de sobrevivencia y actividades económicas–, las cuales se sustentan en su lengua materna y en un conjunto de signos compartidos –solidaridad, convivencia y reciprocidad– que enriquecen y fortalecen su cultura.

CONCLUSIONES

Este sucinto recuento de los otomíes de “La Casona” tiene como propósito mostrar su organización y el impacto de la cultura urbana en su vida cotidiana, la cual se organiza a partir de dos ámbitos –el doméstico y mediante lazos familiares en la comunidad de origen– que se caracterizan por conservar una memoria histórica y la existencia de una serie de representaciones religiosas que les da cohesión y sentido de pertenencia.

Pertenencia que se reconoce por ser originarios de Santiago Mexquititlán y por su afiliación a uno de los barrios, en el que la comunidad de origen se constituye como el sustento que ofrece un sentido de identidad que incorpora, como escriben Prieto y Utrilla,²⁵ “una serie de identidades específicas de carácter parental con una notable fuerza cohesiva”.

Por último, para cuando se publique este artículo, si esto llega a suceder algún día, habrá transcurrido el tiempo suficiente para que el estallido del petardo de avenida Chapultepec frente al predio marcado con el número 342 sea tan sólo parte del registro de hechos violentos que suceden cotidianamente en esta ciudad, no obstante, los habitantes de “La Casona”

seguirán allí, luchando por sobrevivir en un medio que les ofrece pocas oportunidades para mejorar sus condiciones económicas y no desaparecer como lo que son: otomíes.

BIBLIOGRAFÍA

-Arizpe, Lourdes, *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las “Marías”*, SEP/Diana, México, 1980 (SepSetentas, 182).

-Ávila Martínez, Ángel, “La atención a los migrantes indígenas, prioridad del instituto”, *Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI*, núm. 16, enero-febrero de 1998, pp. 4-5.

-Bazúa Rueda et al., “De la ciudad de México, algunas cifras”, *Indígenas Urbanos, Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI*, núm. 7, octubre de 1996, p. 3.

_____, “Grupos censados por el Área Metropolitana”, *Indígenas Urbanos, Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI*, núm. 7, octubre de 1996, pp. 4-5.

-Beccaria, Luis, “Enfoques para la medición de la pobreza”, s. a., en <<http://www.file:///Cwinds/Temps/000-67030.htm>>, pp. 1-18.

-Hekking, Ewald, “Desplazamiento, pérdida y perspectivas para la revitalización del hñähn-ho”, *Estudios de Cultura Otopame*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, núm. 3, 2002, pp. 221-248.

-Hobsbawm, Eric, “Introducción: la invención de la tradición” en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Nota Editorial Crítica, Barcelona, 1983, pp. 5-21 (Libros de Historia).

-INI, “La jornada de una mujer o la jornada de un hombre”, *Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI*, núms. 8-9, noviembre-diciembre de 1996, p. 27.

-Jiménez Jiménez, Lauro, “Marginación vs. marginación”, *Bolet-Ini. Espacio de Comunicación*

²⁵ Prieto y Utrilla, “Ar ngú”, 2003, p. 169.

y *Análisis del INI*, núms. 8-9, noviembre-diciembre de 1966, p. 9.

-Lara Vivas, Norma, "Mujer indígena y necesidades de capacitación", *Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI*, septiembre-octubre de 1997, pp. 29-30.

-Lomnitz, Larissa Adler de, "La marginalidad" en Larissa Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1981, pp. 15-31.

-Martínez Casas, Regina, "Una cara indígena de Guadalajara: la resignificación de la cultura otomí en la ciudad", tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas, UAM-Iztapalapa, México, 2001.

_____ et al., "Migrantes y comunidades morales: resignificación, etnicidad, y redes sociales en Guadalajara", ponencia presentada en el Seminario Permanente Ciudad, Pueblos, Indígenas y Etnicidad, México, D. F., 2002.

-Prieto Hernández, Diego y Beatriz Utrilla, "Ar ngú, ar hnini, ya meni. La casa, el pueblo, la descendencia (los otomíes de Querétaro)" en Saúl Millán y Julieta Valle (coords.), *La comunidad sin límites. Estructura social y organización comunitaria en las regiones indígenas de México*, vol. II, *Etnografía de los pueblos indígenas de México*, INAH, México, 2003, pp. 143-210.

-Rubio, Miguel Ángel, Saúl Millán y Javier Gutiérrez, *La migración indígena en México*, INI/PNUD, México, 2000.

-Salgado, Agustín et al., "Explosivo de uso militar en el bombardeo del D. F.", en línea <<http://www.jornada.unam.mx/ultimas>>, 16 de febrero de 2008, pp. 26-28.

-Sánchez Plata, Fabiana, "Género y saberes otomíes: relación mediada por la lengua. El caso de Pueblo Nuevo, municipio de Acambay, Estado de México", *Estudios de Cultura Otopame*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, núm. 3, 2002, México, pp. 201-220.

-Serna, Alfonso, *La migración en la estrategia de la vida rural*, Universidad Autónoma de Querétaro, México, 1996.

-Stavenhagen, Rodolfo, "Problemas campesinos. Los marginados" en *Problemas étnicos y campesinos*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1980, pp. 83-89 (Ensayos. Serie de Antropología Social Colección INI, 60).

-Valverde López, Adrián, "Los nññho del predio 'La Casona' en la colonia Roma -historia, espacios rituales, fiestas y vida urbana", tesis de maestría en Historia y Etnohistoria, ENAH, México, 2004.

-Van de Fliert, Lydia, *Otomí en busca de la vida (ar nññho hongarnzaki)*, Universidad Autónoma de Querétaro, México, 1988.

-Villa Anta, Laura E. et al., "Trabajo infantil y economía informal: niños vendedores mazahuas", *Indígenas Urbanos*, Bolet-Ini. Espacio de Comunicación y Análisis del INI, núm. 7, octubre de 1996, pp. 6-7.